

ENTREVISTA CON: Alejandro Ávila Espada

En torno a la presentación de su libro “La tradición interpersonal”



Por Rosario Castaño Catalá¹

Rosario Castaño (Madrid, España): Quería empezar diciendo que, cuando yo acepté hacer esta entrevista, cuando empecé a pensar en las preguntas para la entrevista, lo primero que pensé fue: ¿Cuándo fue la primera vez que oí hablar de Alejandro Ávila? Y entonces recordé una escena: Estábamos en la Facultad, años 70, en la Complutense, en Madrid (por los pasillos, que hacía un frío que pelaba) y siempre íbamos un grupo con los libros de Freud bajo el brazo. Y llevábamos un libro editado por López Ballesteros, que estaba traducido del alemán (y que, con el tiempo descubrí que otros opinaban que donde ponía “instinto” tenía que poner “pulsión”, con lo cual nunca entendíamos nada). Y un día una compañera nos animó (como si fuera un secreto) a dejar de leer a Freud por nuestra cuenta, pues había descubierto a un psicoanalista que se llamaba Alejandro Ávila que había creado un grupo. Y teníamos que ir a conocerlo. Y apunté en esa edición de Ballesteros el nombre de Alejandro Ávila. Y lo recuperé de la memoria... Y luego también pensé que, nunca haces una entrevista a un desconocido, bien porque le conoces personalmente o bien porque te empapas de todo lo que ha ido publicando y haciendo. Y, porque no puedes hacer una entrevista igual que haces una fotografía a una persona, si no te da permiso. Como con los pacientes: Vivimos en una cultura donde nos enseñan y enseñamos a nuestros niños que no hablen con desconocidos y, resulta que aparece un paciente en tu consulta y te cuenta cosas íntimas...Y ahí es donde está el vínculo,

donde debemos ir creando... dos desconocidos que se van conociendo. Yo, no hago esta entrevista a una persona desconocida para mí. Pero sí que quiero transmitir que se pueda conocer más al psicoanalista, al psicoterapeuta, al profesor, al catedrático... a esa persona que ha contribuido a que el psicoanálisis se pueda estudiar de otra manera (y que podamos entender algo, desde aquella famosa traducción en los años 70). Porque Alejandro, llegaste al psicoanálisis en el año 73, en una época muy interesante en España, donde se respiraban aires de cambio en la sociedad en general y donde se quería cambiar en los ambientes intelectuales. Pero la sociedad española no estaba todavía preparada para aceptar la terapia como una alternativa total a la psiquiatría clásica. ¿Cómo viviste tú esos tiempos en los que no había referentes? ¿En qué te basaste?

Alejandro Ávila: Bueno, el primer texto que leí en el que se mencionaba al psicoanálisis debió ser hacia 1969. Era el texto de Marcuse "Eros y civilización". En aquella época en España estábamos todos muy inquietos. Yo empecé la Universidad en el 68, con 18 años. Y, justamente, inicié mi recorrido en la Universidad el año en que nos acogían con mangueras de agua y ese estilo de cosas tan agradables. Yo no tenía en ese momento ninguna preocupación particular por la Psicología ni por el Psicoanálisis, de hecho, yo iba a ser Historiador. Cuando yo empecé a estudiar en la Universidad había un tronco común, que era Filosofía y Letras, en el cual estaba todo lo que tenía que ver con Letras y Ciencias Sociales en general. Durante dos años, 1º y 2º, estudiábamos los aspectos fundamentales de Historia, Filosofía, etc. Etc. En 3º teníamos que decantarnos. Durante esos dos primeros años, mi idea era estudiar Historia, pues además estaba vinculado con un conjunto de historiadores de los movimientos sociales y obreros en España. Era la época en la que estábamos saliendo de la dictadura franquista, aunque Franco no murió hasta el 75 y la salida real de la dictadura no fue hasta el 76-77.

Yo iba a ser Historiador. Todavía estoy reflexionando de cómo en el verano en el que yo pasaba de 2º a 3º, en Septiembre que es el mes en que comenzaba nuestro curso, tenía que formalizar la matrícula y decir qué diablos vas a estudiar en tu 3º año; algo cambió en mi mente, pues puse (intencionalmente) la marca en Psicología en lugar de en Historia. Y, a partir de ahí, seguí. En aquella época, en el año 70, prácticamente no había leído nada. Por lo que comencé a leer y, en seguida tomé contacto en el año 73-74 contacto con un grupo freudo-marxista que había en Madrid, que venía además muy influido por el grupo latinoamericano, personas que habían participado en *Plataforma*, y *Documento*, gente que había estudiado con Pichón Rivièrre y que se había salido de la institución psicoanalítica oficial (IPA), de la Asociación Psicoanalítica Argentina, para tomar un camino diferente. Ese fue mi comienzo. A partir de ahí, los referentes que siempre me han movido y que, de alguna manera, el libro que estamos presentando hoy es el colofón de una etapa muy larga, que viene de mis inicios, de mi inquietud social y cultural en todos los ámbitos de las ciencias sociales y, en especial, dentro del psicoanálisis. Ese fue mi punto de partida.



Rosario: Precisamente yo te iba a preguntar que, al ir leyendo toda tu obra se ve que hay un psicoanalista inquieto, con un estilo libre y un espíritu muy cuestionador. Y por eso yo me preguntaba: ¿Hasta qué punto han sido fundamentales las influencias latinoamericanas, como Pichón Riviére, Racker, los Baranger... en ti y en el pensamiento relacional español?

Alejandro Ávila: Desde luego, mi cuna psicoanalítica y mi cuna clínica están marcadas claramente por estos antecedentes. En ese momento había en España tres puntos de vista psicoanalíticos que podían incidir en mí de alguna manera, pero con algunos no me identificaba en absoluto. Uno era el que representaba a la sociedad psicoanalítica oficial, la I.P.A., que en ese momento estaba todavía por formarse la Asociación Psicoanalítica de Madrid (A.P.M.), y existía solo la Sociedad Española de Psicoanálisis (S.E.P.), que era una sociedad muy rígida, muy kleiniana (en el sentido más clásico del término) y a la vez, tremendamente elitista en sus vías de acceso, lo que se reprodujo en A.P.M. con una orientación más freudiana. Ese no era mi referente, no tenía ningún atractivo para mí. Y luego había otros dos focos de atención: el movimiento anti-psiquiátrico, que en ese momento en Europa tenía un eco importante (Laing, Cooper, Basaglia en Italia, y los que en España jugaban un poco también ese papel, como Caparrós, etc.), junto con la oleada de influencia latinoamericana, que venía fundamentalmente de Argentina, y tenía sus notas distintivas; En esa época, en el 74, hubo un movimiento de exilio masivo de gente que vino de Argentina a España, por razones obvias y que no vamos a entrar en ellas ahora. Pero nos trajeron sus ideas, sus prácticas, su compromiso social, su preocupación por que no se hiciera una brecha entre la práctica clínica y la sociedad en la que esta práctica se lleva a cabo. Entonces, realmente y, puesto que has mencionado a una serie de personas, de figuras destacadas, Bleger, con todo lo que representaba su posicionamiento sobre el pensamiento de Georges Politzer y la crítica de Politzer al psicoanálisis y, por otra parte, Pichón Riviére. Eran los

256

referentes fundamentales. A Racker lo asimilamos un poco más tarde, y los Baranger, más tarde todavía, porque el eco de la obra de los Baranger nos llegó más bien hacia los 80, no en los 70.

Rosario: A mí me interesa mucho este libro. Es tu último libro y, como tal, parece ser el más cuidado, cuando en realidad todos los libros son cuidados en cada momento de tu vida. En este momento de tu vida parece que necesitas cerrar un círculo de cómo llegas a ser un psicoanalista relacional ¿no?

Alejandro Ávila: Si

Rosario: Y a mí me parece muy interesante cuando tú, al llegar a ser catedrático en los años 90, consigues una cátedra con perfil de Psicoterapia. Podríamos decir que eres el primer psicoanalista que accede a una cátedra de psicoterapia y además enfocada desde el psicoanálisis. Para los que te conocemos, aquello era un éxito, porque en la universidad española no se estudiaba psicoanálisis. Cuando lo logras, a principio de los 90, ya está la democracia, ya estamos en pleno auge, parece que se aceptan las terapias y, además, las terapias psicoanalíticas, como una buena fórmula para entender el sufrimiento humano. Pero ¿qué pasa en la Universidad? ¿Cómo se sigue viviendo el psicoanálisis allí?

Alejandro Ávila: Cuando yo empecé a estudiar en la Universidad, la presencia del psicoanálisis era relativamente anecdótica. Sí, había algunos psicoanalistas destacados, jugando algún papel como profesores como, por ejemplo, Rayo, que fue didacta de A.P.M. (IPA). Lo que ocurre es que, la posición que tenían algunos psicoanalistas -por ejemplo Rayo era Adjunto en la cátedra de Psiquiatría, no era catedrático, pero jugaba un papel muy significativo- Rayo y otros profesores que había en Psicología (Aguirre de Cárcer, Claramunt, Monedero, Valcarce...), que tenían una formación y una práctica psicoanalíticas, pero algunos de ellos tenían la idea, que supongo ha sido muy común en otros entornos, de que la enseñanza psicoanalítica no debía impartirse en la Universidad. Es decir, dicha enseñanza debía llevarse a un “santuario”, que era la Asociación Psicoanalítica y que en la Universidad no había que explicar este tipo de cosas. Cuando yo empiezo a trabajar como profesor en la Universidad en el año 74, primero como Becario (honorario), ya desde el 76 como profesor no numerario y, hasta más o menos el año 84, los encargos que tengo son más bien relativos a Evaluación: Evaluación Clínica, Psicodiagnóstico... temas clínicos siempre, pero más orientados a los temas diagnósticos. Mi propia práctica clínica me llevaba a interesarme cada vez más por la enseñanza de la Psicoterapia Psicoanalítica y del Psicoanálisis, que todavía en aquel entonces nos parecía que era útil hacer algún tipo de distinción entre ambas, algo que después hemos ido abandonando. Fue en el 86 cuando ya puede tener una docencia específica en Psicoterapia y en el 90, hubo la oportunidad de que, dentro de los estudios de Psicología, fuese la primera vez que se convocó en toda España (eran más de veinte universidades donde se impartía psicología), la primera Cátedra de Psicoterapia. Pero el término “psicoterapia” que ahora puede ser considerado

más abierto en su acepción, que comprenda muchas cosas, en aquel momento “Psicoterapia” era “Psicoanálisis”, pues las materias con enfoque Humanista eran inexistentes o secundarias. Lo habitual y omnipresente era la “Modificación de Conducta”. Entonces, se convocó la primera Cátedra de Psicoterapia en la Universidad de Salamanca, postulamos varios y finalmente la gané yo. Creo que en ese momento fui la persona que, con menos edad, accedía a una Cátedra en la Universidad en España, dentro de lo que eran los estudios de Psicología. Ya no era muy joven, tenía 40 años pero, normalmente a las Cátedras se llegaba con 50 o 60.

Rosario: Si, normalmente un Catedrático en España llegaba a esa condición muy tarde. Llegar con 40 años es llegar muy joven. De hecho, yo cuando oigo hablar de ti por primera vez en la facultad no tengo tanta diferencia de edad y, sin embargo tú ya estabas creando grupos y trabajando todo el tema del Psicoanálisis. A mí es lo que me impresiona, porque la juventud y la falta de referentes hacen que demuestre más tu carácter de pelear ¿no? Ver cómo podemos hacer cosas nuevas con cambios importantes, porque en España había en ese momento cambios muy importantes. Entonces, en este libro tú intentas hacer un hueco tanto a las influencias latinoamericanas como a los norteamericanos. E intuyo en ti una especial admiración por Sullivan. ¿Qué destacarías de los interpersonales y culturalistas para que sean tan interesantes?

Alejandro Ávila: Yo leí a Sullivan en aquella época, estoy hablando ya de los 70 (entre el 74 y el 78), en aquel momento sin darme cuenta del todo de la importancia que su obra tenía pero era un pensamiento muy convergente con lo que por otra parte estaba yo recibiendo de la influencia pichoniana. No me sonaba nada discrepante, era muy común. Leí primero “La entrevista psiquiátrica”, leí después “La teoría interpersonal de la psiquiatría” pues, por fortuna, casi todo Sullivan estaba traducido ya al castellano en aquel momento. ¿Qué tienen de particular para que estos temas nos atrapen, para que sean tan interesantes? Porque, en definitiva, Sullivan traía un modelo de participación, es decir, planteaba una práctica clínica y una visión del psicoanálisis como observador participante y esto es profundamente transformador, frente a la dialéctica que representa el polo de lo que es el analista neutral o el analista que ayuda a una meta-comprensión pero desde un punto de vista en el que la distancia con lo observado, la ruptura, la brecha, es esencial.

Rosario: Entre tus escritos observo una constante preocupación por desentrañar las finas sutilezas del proceso terapéutico. ¿Podría afirmarse que hay unos factores más determinantes que otros en el inicio del proceso? Sé que es una pregunta difícil.

Alejandro Ávila: Las preguntas sobre la técnica siempre son inevitables. En el inicio, en qué medida se establece la conexión y la comunicación significativa es decisivo. Un proceso terapéutico empieza en la medida en que hay una conexión. Cuidar las posibilidades de que esa conexión se establezca, es central. A partir de ahí, podríamos jugar con la broma de que se trata de “no darse de baja” de la relación. Es decir, se crea una relación de trabajo, se crea una relación de participación y, si

conseguimos sostenerla, es decir, se van a producir discontinuidades, rupturas, problemas...pero hay opción a reconectar. Y si se consigue mantener esa conexión, el proceso avanza. Creo que esta sería la idea más importante.

Rosario: “No darse de baja” me parece fundamental.

Alejandro Ávila: No abandonar

Rosario: Otra de las cosas que también observo es que quieres aclarar conceptos como “relación”, “vínculo”, “matriz relacional”, “terceridad”, “subjetividad”... ¿Consideras que el lenguaje psicoanalítico relacional está todavía por definir de forma clara? ¿O tal vez estamos asistiendo a una diversidad de pensamiento aglutinado en esta corriente psicoanalítica? Es algo que, además, aflora constantemente en todas las ponencias.

Alejandro Ávila: Yo no diría que aglutinada, en todo caso, van convergiendo diferentes puntos de vista. De todas formas y, por supuesto, son esclarecedoras las precisiones terminológicas que podamos hacer y, de hecho, algo de esto intenté yo en mi discusión del Plenario de ayerⁱⁱ, intentando plantear juntas las definiciones de los diferentes términos para saber de qué estamos hablando. Pero también es bueno no construir un nuevo lenguaje cerrado, sino dejarlo en apertura, en una posibilidad de que esto se ensanche. Mi interés por los temas definitorios en este tema, de lo que podían ser todas las perspectivas de la Intersubjetividad, del vínculo, de lo relacional, quizás parte primero de mi interés y pretensión, como profesor (y en cualquier nivel), por comprender las cosas antes de explicarlas, lo cual no siempre es fácil. Yo realmente he aprendido muchas cosas estudiando y pensando para poder dar una clase coherente sobre algo. Yo, que me había formado en una perspectiva en la que tenía muy claro cuál era el concepto de “vínculo” en Pichon Rivière, que habíamos leído desde todos los ángulos posibles las diferentes ediciones de las obras compiladas de Pichón, para mí era una terminología que conocía a fondo y que, creía que entendía bien lo que significaba. Por eso cuando empecé a ver la forma en que trataban este tema autores como René Kaës, Jeanine Puget, Isidoro Berenstein, que hablan de lo vincular pero con otros matices y posicionamientos, me parecía necesario hacer este tipo de precisiones conceptuales. Una cosa es la Teoría Intersubjetiva o la Perspectiva vincular, llamémosla “clásica”, en el sentido en que la fórmula Pichón y otra lo que se ha venido a llamar “Psicoanálisis de las configuraciones vinculares”, que es una perspectiva de lectura intrapsíquica y metapsicológica aplicada a cualquier proceso que se observa en los vínculos humanos.

Rosario: Alejandro, tú eres admirador de Freud, se ve además en los escritos. ¿Qué destacarías del pensamiento freudiano? ¿Qué le dirías a alguien que se está empezando a formar? ¿Qué tenemos que rescatar? De todo su pensamiento, no podemos decirlo todo, claro ¿qué es lo fundamental para alguien nuevo en este campo?

Alejandro Ávila: Yo creo que lo fundamental es comprender la posición histórica, epistemológica de Freud y lo que significó el giro que Freud da a la visión del hombre. Creo que esto es profundamente trascendente. Pero, a partir de ahí, cuando me piden una opinión sobre esto, me coloco un poco en las antípodas de lo que suele ser la enseñanza psicoanalítica convencional en las asociaciones e institutos (o en la mayoría, no en todos, pues actualmente ha habido muchos cambios), pero en muchas de las asociaciones de IPA, en sus institutos, hasta que no has leído varias veces a Freud y has seguido una infinidad de seminarios de Freud, no puedes dar un solo paso hacia los desarrollos contemporáneos en la formación psicoanalítica. Yo creo que le diría a cualquier joven que me pregunte sobre esto que Freud tiene que ser un programa de lectura acompañante, es decir, a lo mejor hay que pasarse toda la vida leyendo cosas de Freud, porque es extremadamente enriquecedor leer a Freud pero, que no se puede mirar ni al hombre ni al psicoanálisis solo desde Freud. Creo que en este momento, 2013 y, con todo lo que podemos ver (no ya en este Congresoⁱⁱⁱ, sino en cualquier otro ámbito de las publicaciones contemporáneas), el punto de arranque, para cualquiera, es una mejor comprensión de lo que la Neurociencia nos aporta, así como una mejor comprensión de todos los profundos cambios en la visión de la persona que nos ha aportado la investigación del desarrollo y, sobre esto, empezar a hilvanar muchas cosas, hilvanar la clínica. Creo que empezar a estudiar lo humano desde la Metapsicología, la Teoría de la Libido, etc., es mirar en una dirección equivocada, desde mi punto de vista. Lo cual no quiere decir que no haya que conocer, comprender y articular esas teorías para entender, no sólo la evolución histórica de un pensamiento, sino también la complejidad que esos fenómenos atrapan. En este momento y, con estas nuevas lecturas, no tengo que hacer un giro completo a mi posición, sino que, de alguna manera, aunque he dado unos cuantos bandazos a lo largo de más de 40 años, más o menos, puedo hablar de una línea coherente pero, por ejemplo, empatizo completamente, aunque yo no asumiría su misma posición, con el giro que le da Kohut a la teoría clásica en un momento determinado, en el cual no relega la manera de trabajar lo edípico sino que lo sitúa en un momento evolutivamente muy posterior del trabajo clínico. En este sentido, entender la complejidad de lo humano desde muchos y diferentes puntos de vista es esencial. Estamos hablando de mis orígenes situados en Pichon Rivière, pero alguien podría estarse preguntando: ¿Y cuándo aterriza vd. en un autor clásicamente psicoanalítico? Yo, que más o menos iba leyendo a Freud, a la vez, el autor que me hace comprender mejor lo que es un punto de vista psicoanalítico contemporáneo es Winnicott. Sullivan estaba como quién dice en la recámara, estaba detrás, era una meta-comprensión incorporada, es decir, yo miraba las cosas como nos planteaba Sullivan que había que mirarlas. Miraba lo social y la posición de un sujeto en lo social como sujeto situado, como planteaba Pichon Rivière. Pero el que me hace entender mejor la esencia del proceso analítico y la constitución de la subjetividad es Winnicott. De Winnicott, voy más bien a Kohut (Kohut me aporta muchas cosas).

Y, en seguida, aterrizo en la teoría intersubjetiva contemporánea. Y de ahí a Mitchell. Ha sido un recorrido tortuoso, rico y turbulento, pero es el que se ha dado.

Rosario: Cuando creas GRITA (Grupo de Investigación para la Técnica Analítica) ahí estas describiendo todos los autores que estáis trabajando en ese grupo. Es un grupo que inicias muy pronto ¿En qué año lo creaste? ¿En los tempranos 90?

Alejandro Ávila: Si, en los 90 y pocos. Es un nombre que nos gustó porque era un poco alarmante (se trataba de “dar un grito” rompiendo la calma circundante). Era un grupo de investigación de la técnica analítica. Surge de un núcleo que estábamos estudiando a Winnicott, leyendo de una manera crítica a Winnicott y, enseguida, nos topamos con Mitchell. Y, casi lo primero que tomamos en profundidad, fue un desmenuzamiento de los capítulos de “Conceptos relacionales en psicoanálisis” obra que se había publicado en el año 88; y ahí empezamos. Y, desde entonces, no hemos parado de pensar leer y discutir en torno a todo este pensamiento

Rosario: Esta pregunta era una introducción para la siguiente pregunta que quiero hacerte ahora. Entre tus escritos descubro una sensibilidad especial hacia el dolor y el sufrimiento psíquico del paciente, y de los que haces una distinción muy clarificadora. Esta diferenciación puede ser un buen indicador para un diagnóstico relacional ¿no? Este es otro caballo de batalla, los diagnósticos desde el punto de vista relacional.

Alejandro Ávila: Si, la verdad es que una teoría del diagnóstico relacional está por ser escrita, siendo que es en parte un oximorón. Aunque sobre esto, algunos de mis colegas más cercanos discrepan un poco. Algunos de nuestros colegas siguen conservando los referentes más convencionales del diagnóstico habitual. Otros somos más escépticos, y eso que yo tengo un pasado diagnóstico bastante clásico. Pero, les tengo que confesar que por lo menos hace 20 años que no pierdo un solo minuto en hacer un diagnóstico formal de nadie. Sobre la marcha, sobre el proceso, evidentemente tienes ciertas impresiones: De alguna manera, al observar (y observarnos) es inevitable categorizar en alguna medida el vínculo, la relación, la implicación, los fenómenos clínicos... Claro, por fortuna algo de psicopatología clásica sabemos y tenemos una cierta capacidad de entender qué puede ser una alucinación y qué no lo es. Y este tipo de cosas no las vamos a dejar de lado. Pero en cualquier caso, el diagnóstico está más en procesos como el que tú acabas de mencionar, es decir, en plantear esa distinción entre el dolor mental, que es inexpresable e inconfigurable, que no adquiere una formulación lingüística, que no puede ser narrado. Y el sufrimiento psíquico, que es, en definitiva, la experiencia en la que nos posicionamos cada uno de nosotros, en la medida en que sí podemos estar en contacto con el sufrimiento, con mayor o menor dificultad. Y esto es algo que me llevó en un momento determinado, a petición de una conferencia que tenía que dar sobre un tema conexo con esto, a profundizar en este tema y escribir un trabajo, en el cual recojo y desarrollo una cierta tradición elaborada por otros autores. En relación con esto, las aproximaciones de los 70, que eran muy

descriptivas (por ejemplo, las caracterizaciones de Pichon Rivière sobre los tipos de vínculos, las caracterizaciones de David Liberman sobre la comunicación, muy interesantes pero muy descriptivas también), este tipo de prototipos descriptivos nos ayudan a pensar en el ámbito de fenómenos que atañe a lo relacional, pero no se trata de sustituir unos sistemas categoriales por otros (es decir, en vez de poner las etiquetas de tal color vamos a poner las etiquetas de tal otro color), sino quizás aprender a trabajar sobre un diagnóstico de situación, de proceso vivido en el propio contexto del encuentro terapéutico.

Rosario: En este punto me gustaría profundizar en el proceso psicoterapéutico. Me parece muy sugerente cuando dices que “el psicoterapeuta es un artesano de necesidades y tiempos, que realiza su trabajo con restos de naufragios”. Y esto me lleva a preguntarte sobre el papel que juegan (a lo mejor también en el diagnóstico) las fantasías en el trabajo psicoterapéutico.

Alejandro Ávila: Las fantasías, en el sentido en el que habitualmente utilizamos este término, son muy importantes. Pero yo diría que si no tenemos en cuenta el nivel de la fantasía, el nivel del fantaseo (que es una distinción que hace Masud Khan a partir de Winnicott), nos perdemos completamente. Es el ámbito donde puede manifestarse la subjetividad. El sujeto no se expresa a través del diálogo articulado consciente y comunicativo en un sentido lingüístico, sino que se expresa, fundamentalmente vive, reside, en un nivel de fantasía. Y la capacidad de conectar con ese mundo y de jugar en ese mundo es extremadamente importante.

Rosario: Si te fijas no estoy hablando de inconsciente en ningún momento, sin embargo me interesa todo el tema de las fantasías. Además escribiste una vez “Al cambio psíquico se accede por la relación”. Y me pregunto: ¿Cuáles son, según tu experiencia, los principales fenómenos que se dan en esa relación especial? ¿Tal vez esos fenómenos arrojarían más luz sobre el diagnóstico, el tratamiento y el pronóstico, que es otra cosa que nos preocupa también a todos los psicoterapeutas?

Alejandro Ávila: Yo creo que la idea sobre el pronóstico, empezando por esto último, hay que dejarla muy abierta. Desde luego no podemos plantearnos qué pronóstico tiene una persona o una intervención por una impresión que podamos tener al inicio del trabajo. Yo creo que esa visión clásica de que hacemos un diagnóstico, formulamos un pronóstico, y que esto va unido quizás a una indicación terapéutica determinada, es algo a lo que tenemos que renunciar. Volviendo a algo que comentábamos antes, no se puede bajar la guardia en ningún momento, aunque, humanamente, la bajamos constantemente (estamos bajando y subiendo la guardia). Pero no podemos renunciar a esa visión de que el pronóstico se construye y que el trabajo duro que podemos hacer en el contacto con una persona y en la implicación con una persona se pierde si, de una manera sostenida, fallamos a la persona. No hay mayor problema en fallar, el problema es el fallo sostenido. Cuando planteé esta idea que tú mencionabas de “Al cambio psíquico se accede por la relación”, que fue un trabajo de 2005, en el recorrido experiencial y clínico que he

tenido desde entonces es cada vez más patente que se atrapaba en esa idea una expresión central: se trata de “conexión intersubjetiva” que realmente se dé y en la que estemos participando, de una implicación profunda con el otro, pero una implicación ética. Quizás en el mismo sentido en el que Donna Orange expresa en el libro que se está presentando hoy también, “El extraño que sufre”, creo que es una de las expresiones y de las ideas más lúcidas que hay sobre la implicación en el trabajo clínico. Leyendo a Donna y pensando en la epistemología gadameriana sobre el sentido de la ayuda etc., es indudable que la exigencia es brutal. La exigencia que le supone al clínico esa apertura a la participación, más allá de cualquiera de los límites pensables, lo cual no quiere decir colusión ni borramiento de los límites, no se trata de nada de esto. Es que realmente es muy exigente, es decir, estar disponible para el otro sin utilizar al otro, es extremadamente complicado.

Rosario: Esto me recuerda a lo que afirmaba Sullivan: “el infante no se relaciona con figuras sino con estados”. ¿Hasta qué punto esto ocurre también en la terapia?

Alejandro Ávila: Sí, en el tratamiento se trata de estados participados por ambos en los que se pone en juego los procesos de regulación mutua en una situación bastante similar, aunque no tan eficaz como podemos observar en la infancia temprana. Esto que nos hablaba ayer Joe Lichtenberg en el Plenario sobre investigación, pues es exactamente eso lo que ocurre en el adulto. Tenemos la capacidad de influir positiva y constructivamente participando en ese proceso de regulación mutua con el infante, pero con el adulto las cosas son más complicadas: son más lentas, requieren un proceso mucho más prolongado en el tiempo..., es decir, es una cuestión realmente complicada.

Rosario: Me gustaría hacerte una pregunta a nivel más personal, porque sé que un psicoterapeuta dedica mucho tiempo de su formación, de su tiempo... todos los que estamos aquí presentes sabemos que esto nos ocupa muchísimo tiempo, por eso quiero preguntarte, saliendo ya de los conceptos teóricos: ¿A nivel personal, sientes que has tenido que pagar un alto precio por esta dedicación casi exclusiva o, sientes que realmente ha valido la pena? Yo creo que ha valido la pena...

Alejandro Ávila: Siempre estamos pagando precios. En el libro, en el capítulo introductorio y en el final incluyo bastantes reflexiones personales sobre mi propia experiencia, tanto de la formación como de la práctica. Pero, en cualquier caso, encontré un equilibrio: quería dedicarme y estar disponible para la clínica en lo que fuera necesario, pero también articularlo con mi trabajo en la Universidad, que implicaba la docencia y la investigación, entre otras cosas. De manera que podríamos decir genéricamente que mitad y mitad: mitad dedicado a la docencia y la investigación, mitad a la clínica, lo que a mí me resultaba un equilibrio razonable. De todas formas no es una cuestión de horas. Ahora la clínica no funciona así pero yo, en los años 80, he podido trabajar ciertos días en la semana 10 y 12 horas con pacientes, y ello sin disminuir la dedicación real a las tareas universitarias. Hoy en día esto es lo consideraría muy excesivo. No es exactamente una cuestión de

tiempo, sino una manera en que te vas dejando llevar y deslizar sutilmente hacia una alienación en la que, sí, ocupas y configuras el *setting*, haces en cierta medida tu trabajo, y aunque no eres una persona de cartón piedra, no estás plenamente disponible. La gran pregunta que todos tenemos que hacernos cuando afrontamos el hecho clínico es: ¿Estamos disponibles? No hay una respuesta categórica para esto. ¿En qué medida estamos disponibles? Todos tenemos la experiencia, en la medida en que vivimos la clínica, de que no siempre estamos igualmente disponibles para la conexión con el otro. Y esto se sucede día tras día, hora tras hora. Otra cosa, al hilo de tu comentario, (y ya para dejar que los asistentes puedan preguntarnos lo que quieran) a mí siempre me pareció muy útil una lectura que realicé muy pronto, no recuerdo en qué año, quizás a finales de los años 70, un trabajo de Frieda Fromm Reichmann, que forma parte de uno de sus libros clásicos, creo que de los "Principios de psicoterapia intensiva". Tiene un capítulo que se titula algo así como "La necesidad de que el psiquiatra tenga fuentes extra-profesionales de satisfacción". Este capítulo siempre me marcó porque creo que es la primera vez que yo lo leí y que creo que poca gente después lo ha vuelto a decir de la misma manera: El profesional de la salud mental tiene que tener una vida, una vida que no le lleve a vivir su vida "a través de la clínica". Cuando vivimos a través de la clínica caemos en una alienación que puede convertirse en una perversión. Y si tenemos que articular una vida con todo lo que implica, con una práctica clínica, nos va a traer muchas complicaciones pero, es de lo que se trata.

Rosario: ¿Qué le dirías a las nuevas generaciones? ¿Qué crees que necesitan las nuevas generaciones? O mejor ¿Qué preocupaciones tienen los jóvenes de ahora que quieren ser psicoanalistas? Porque tu como profesor has visto muchas generaciones y tienes contacto con ellos constantemente.

Alejandro Ávila: Tanto a las nuevas generaciones como a los profesionales ya veteranos lo que les hace falta es ilusión por el trabajo clínico, que les ilusione lo que hacen. Que, de alguna manera, tengan hambre de conocer, participar y vivir la experiencia. Creo que en parte esta es una de las cosas que está aportando este espacio de convergencia que es el Psicoanálisis Relacional. Que no lo debemos considerar tanto una escuela como una convergencia de pensamientos en el cual digamos: ¿Podemos mirar la clínica de otra manera? ¿Podemos dejar de tener referentes rígidos y dogmáticos y podemos pasar a decir que esto que hacemos tiene sentido y merece la pena? Los clínicos, en el contexto en el que viven, el psicoanalista actual joven o que está en formación, tiene que pelear contra la desacreditación del psicoanálisis, la rigidez del psicoanálisis clásico, la invalidación del psicoanálisis por la falta de evidencias supuestamente empíricas ... es decir, es una cantidad de escenarios de desolación brutales. Entonces, si no encuentra un núcleo de ilusión, al que engancharse y desde el que empezar a pensar y a mirar, se encuentra completamente perdido. Nosotros, en los programas formativos de postgrado que hacemos en Madrid, la gente que se interesa por nuestras trayectorias formativas es tanto gente joven que encuentra que este enfoque le

interesa, como a muchos profesionales ya veteranos que, revisando sus prácticas y modelos de referencia, se re-ilusionan con lo que hacen, porque estaban, podríamos decir, quemados, iban “al tran-tran”, iban haciendo su práctica y tiraban para adelante, pero lo hacían sin ganas, sin ilusión. Y esto, les ha permitido, de alguna manera, empezar a pensar. Como por fortuna y, espero que esto no cambie, lo que se conoce hoy en día como perspectiva relacional lleva 10 u 11 años de vigencia histórica reciente, pero antes ya teníamos la teoría de sistemas intersubjetivos, el psicoanálisis interpersonal, la tradición pichoniana, y mucho más tras la semilla que dejó Ferenczi... esta trayectoria tiene una larga data que es lo que se ha intentado recoger en este libro. Hay un lugar donde pensar las cosas de otra manera, no crear un enfoque rígido sino, por el contrario, una apertura al pensamiento y que llegue nuevos desarrollos, como lo que aportaba ayer Phil Ringstrom sobre la improvisación es muy importante y muy interesante, aunque no tan diferente de lo que ya decían Pichon Rivière o Winnicott sobre el juego. Escuchemos las nuevas voces, y recuperemos la memoria de nuestros antecesores. Y vienen Phil Ringstrom o Anthony Bass a decirnos “Venga, a jugar”... A jugar, pero de verdad. Un desafío complicado.

Rosario: Por eso es difícil ser psicoanalista relacional, porque la improvisación es una palabra que nos asusta a todos y, yo creo que está implícita en el trabajo que hacemos. ¿Alguno de los presentes quiere hacer alguna pregunta?

Roberto Arendar (Buenos Aires, Argentina): Como conozco a Alejandro desde el 2004 (comencé a ir a España en el 2002), he sido testigo de la contribución fundamental, que Alejandro ha hecho al Psicoanálisis Relacional, no sólo en España sino también en Hispanoamérica, la influencia notable que ha tenido. Valoro muchísimo la creación primero del Instituto de Psicoterapia Relacional, donde se forma a nuevas generaciones y se difunde esta perspectiva. Después siguió con CeIR, la Revista Electrónica, la invitación de colegas de distintas partes del mundo. Constantemente proponiendo y estimulando la creatividad de la gente que participaba en ese movimiento. Yo quiero preguntarle a Alejandro si él es consciente de esta influencia tan trascendente que ha tenido en este camino. Al menos para mí ha sido de una enorme ayuda y un estímulo invaluable pero ¿cuál es tu visión?

Alejandro Ávila: Yo creo que me ha tocado jugar un papel que he asumido con responsabilidad. Se han dado las circunstancias y he hecho lo que he creído que había que hacer. Incluso este libro, con el que yo estoy razonablemente satisfecho (aunque es difícil que un *hijo* te acabe de gustar) pertenece a un ciclo en el que yo casi siempre he hecho lo que creía que era necesario hacer, porque merecía la pena. Me doy cuenta en la medida en que recibo *feedback* sobre todo esto, un poco lo que tú has resumido. Es una labor que también adquiere su reconocimiento...y su destrucción, al ser posible la menor destrucción posible, pero en un proceso de apertura y de cambio. Y también de relevo. No es que sea muy mayor, pero también tengo derecho a cansarme y a tomarme otras perspectivas. Cuando he

terminado este libro me he dicho a mí mismo lo que ya me he dicho alguna vez antes, con lo cual no tiene mucho valor: que es el último libro que hacía porque era conveniente y necesario y que luego iba a hacer lo que me diera la gana. A mí me puede apetecer escribir o promover otras cosas, y sin embargo este libro era necesario hacerlo y se ha hecho. Creo que eso ha sido una parte patológica mía: ser un buen chico que hace lo que hay que hacer.

Mauricio Fernández (Colombia): A propósito del recorrido por los autores que aparece en el libro, ¿Qué papel piensa que tienen los post-freudianos en una formación para un psicoanalista o en su trabajo de docente?

Alejandro Ávila: En la formación de un joven psicoanalista o en el reciclaje y repensado de cualquier psicoanalista, tienen cabida una infinidad de autores. Pero creo que es un error enfocar la formación a través de los autores. A lo mejor la idea que tendríamos que empezar a pensar es que el psicoanálisis no se tenga que estudiar a través de Freud, Lacan, Klein, Winnicott, Kohut, Mitchell, Sullivan, etc. Sino que el psicoanálisis tiene que volver a abordar unos temas centrales sobre los que algunos autores han realizado aportaciones interesantes; también hay que partir de ciertos conceptos básicos (por eso antes he hecho referencia a la Neurociencia y a la investigación del desarrollo) que nos arma de experiencia y de un modelo epistemológico que en última instancia debe ser constructivista, es decir, que nos permita tener una visión constructivista-social de la realidad y que nos aleje de una posición demasiado objetivista-naturalista o de una posición radicalmente hermenéutica en el sentido clásico (aunque en definitiva, el construccionismo social es una variante de la posición hermenéutica). Ésta sería un poco la lógica subyacente. Pero dicho esto, los autores que han sido trabajados en este libro forman una solución de continuidad entre ellos. No están todos los que son relevantes, es decir, este libro se titula “La tradición interpersonal” y una de las cosas sobre las que me interrogué en su momento fue: ¿Incluyo algo sobre Winnicott o no? Finalmente, decidí no introducirlo, porque era un forzamiento de la posición, aunque sin embargo es muy relevante el diálogo con estas posiciones (como tampoco incluí a Kohut, por la misma razón, porque no pertenece propiamente a la tradición interpersonal ni socio-cultural). Todo esto es el referente. Pero, cuando el alumno, el formando, recibe el meta-mensaje de que lo que tiene que aprender es Freud o, alternativamente a Freud, tiene que estudiar al autor X, se construye una casa mental bajo una rigidez teórica que en lugar de abrir, cierra. En ese sentido la enseñanza debería replantearse desde los temas nucleares y no desde los autores.

María Paula Rampulla (Córdoba, Argentina): Es un gusto escucharte Alejandro, para mí has sido una fuente de inspiración importante, como parte de mi formación, como terapeuta, como docente ahora en la Universidad de Córdoba en Argentina, como persona también... Y para las nuevas generaciones es muy importante tener esas fuentes de inspiración, es algo central para la formación de los nuevos

terapeutas tener esos referentes. De todos estos cambios y de esta evolución que plantean los autores ¿qué es lo que rescatarías como lo esencialmente psicoanalítico?

Alejandro Ávila: Te agradezco mucho tus comentarios. Cada vez que se hace alusión sobre qué es lo esencialmente psicoanalítico, se me ponen de punta mis ya escasos pelos, pues llevamos décadas peleando con “qué es lo genuinamente psicoanalítico” y, siempre en el momento en que abandonas los tres o cuatro conceptos claves habituales, te caes para el otro lado (ya no es psicoanálisis) ¿Qué es el psicoanálisis? Dicho en un sentido amplio, el psicoanálisis es la “ciencia de la subjetividad”, solo que es imposible pensar en la subjetividad sin la intersubjetividad. La subjetividad se despliega a partir de la intersubjetividad. O es esencialmente lo mismo (subjetividad-intersubjetividad). Hay una cuestión esencial, que yo mismo a veces me sorprende reencontrándome de nuevo con ello: si asumimos un pensamiento nuclearmente relacional o intersubjetivista, en un momento determinado te entra una ansiedad de la disolución del sujeto (¿Dónde está lo individual?). Yo cada vez creo menos en la individualidad, lo cual no quiere decir que los sujetos no tengamos diferencias individuales, pero lo que nos diferencia es más producto o de la biología o de la cultura que de nuestro funcionamiento intersubjetivo. Creo que esto es el punto central.

Ernesto Mújica (Nueva York, U.S.A.): Quería preguntarle sobre los inicios del análisis interpersonal dentro del tratamiento de la psicosis. ¿Cómo se manifestó, si lo hizo, este *approach* dentro de España y dentro de la Universidad en alguna época?

Alejandro Ávila: El punto de vista de Sullivan sobre la esquizofrenia, por ejemplo, nos llamó un poco la atención en un principio. Pero realmente los autores que nos hicieron dar un giro fueron Frieda Fromm Reichmann y sobre todo Harold Searles, pues sus escritos sobre esquizofrenia se tradujeron relativamente pronto, ayudándonos mucho a pensar. Searles sí que nos influyó. Lo encontramos muy convergente, en el tipo de planteamiento que implicaba sobre la comunicación y la participación, con la propuesta de Rosenfeld, que era kleiniano. Y esos fueron un poco los referentes que influyeron cuando trabajábamos con psicosis en su momento. Yo he tenido una experiencia discreta, no muy extensa de trabajo con psicosis. He tenido unos cuantos pacientes, algunos vitalicios con los que he trabajado con estos referentes. Pero otros colegas, que trabajan en Instituciones o en situaciones de acompañamiento intensivo, les han influido bastante ese punto de vista.

Alejandra Plaza (México D.F., México): Hablando de ilusiones ¿Cuál es tu ilusión en el Psicoanálisis Relacional? ¿Cuál es tu sueño?

Alejandro Ávila: Cuando se pregunta por un sueño, parece que hay que escoger el más importante. El que me viene primero a la mente es que realmente esto cale y se incorpore a la experiencia de la práctica de los que hablamos castellano. Parece que

hay grupos en Colombia y Perú que se interesan por este tema y esto es un aspecto que me llama mucho la atención y me interesa mucho (irá adelante, si ellos quieren). Pero, me preocupa mucho la situación en Argentina. Cómo es posible que un país como Argentina, donde ha habido numerosas y valiosas contribuciones muy convergentes con esto, exista tanta reticencia. Quizás sea el narcisismo de las pequeñas diferencias, o llamémoslo X. Mi sueño es que se salven obstáculos importantes y que se AVANCE.

Lucía Garza (Monterrey, México): ¿Cómo surgió la idea de establecer cursos on-line a los que podemos acceder desde Latinoamérica? ¿Y los efectos que han tenido? Y también saber si alguna vez has tenido algún tipo de reticencia respecto de esto.

Alejandro Ávila: Si me hubieras preguntado hace 10 años sobre esto, te hubiera puesto cara de extrañeza. El obstáculo no ha sido mío, sino que de alguna manera hemos visto la necesidad y la posibilidad y la hemos implementado e iremos mucho más a fondo en esta dirección. Hay otros escenario, llamémosle también a distancia, que son complejos y que muchos colegas están ya desplegando (la atención clínica on-line o la supervisión on-line, por ejemplo), donde yo me podría identificar más con alguna posición de reticencia, no absoluta. Mantener un contacto a través de la tecnología, con alguien con quien tienes un vínculo previo no es muy problemático (tienes un vínculo, unos referentes, unos sistemas de comunicación establecidos...y, si luego por circunstancias de la vida, un paciente de Madrid se marcha a Monterrey por ejemplo, podemos mantener en contacto y se puede seguir haciendo un útil en todos los sentidos, al menos transitoriamente). Que una persona con la que hemos tenido contacto a distancia por un tema formativo de repente tome cuerpo, cara, voz, participación y pueda haber un diálogo de otra naturaleza, es muy importante. Ya sé que hay soluciones tecnológicas para esto, pero –afortunadamente- no somos la CIA. Nuestros accesos y posibilidades de usar la tecnología son limitados. Pero quizás estamos en un mundo donde, o utilizamos los recursos que tenemos a nuestra disposición para seguir creciendo o nos estancamos.

Pregunta (no identificada): Estaba pensando en un fenómeno global: Las redes sociales. Ahora se habla de la parte positiva de las redes sociales pero, ¿dónde queda la intersubjetividad con los jóvenes que se están conectando a estas redes?

Alejandro Ávila: No tengo una idea sobre esto muy completa. Tengo la impresión de que se trata más de mi (nuestra) incompreensión de cómo funciona todo esto, no desde el punto de vista técnico, sino en el sentido humano. Nuestros hijos o nuestros nietos, viven en un mundo en el que nosotros casi no sabemos estar, pero viven en ese mundo. Seguro que hay un despliegue intersubjetivo profundo en ese mundo. Que yo no lo sepa comprender bien y sobre todo que me quede totalmente atontado frente a intervenir en esa situación para poder ayudar y seguir. A mí ya me ha pasado en los últimos años que, cuando trato a un adolescente, el iPhone o la consola forman parte del tratamiento y no se puede hacer de otra manera. Además,

los contenidos, la comunicación, etc., están ahí y es lo que te traen. Tú tienes que subirte a ese carro. Nuestras dificultades para comprender esa red de comunicación y ese nivel de intersubjetividad que sin duda existe, creo que es más nuestra dificultad, por ahora. Quizás los más jóvenes, tengan una mayor apertura de mente. No sé si nos damos cuenta (quizás lo observamos pero no sé en qué medida lo comprendemos) qué significa que un niño de 2 años juegue con un móvil como elemento de referencia.

Rosario Castaño: Yo estoy pensando en la realidad y: “Están bombardeando fuera”, como decía Winnicott. Creo que vamos a dejar aquí esta entrevista. Pero quiero resaltar que este libro no es el último libro, es el número 8 de una colección que empezó en el 2010 (el número 9 saldrá dentro de poco). Lo que más me gusta de este libro es que tiene una continuidad, permite una formación (que se relaciona con la última pregunta que te realizaba antes: Cómo veías tú el futuro del psicoanálisis). Tenemos que seguir construyendo y, para eso, necesitamos esa formación, aunque busquemos la improvisación, necesitamos también la sistematización. Si nos sistematizamos, luego podremos improvisar.

Alejandro Ávila: Te agradezco mucho Charo pensar las preguntas y haberme acompañado en esta situación. Y a todos vosotros, el reconocimiento que me estáis brindando. Cada uno tiene una labor que hacer y la estáis realizando, así que ¡Adelante!... EL FUTURO DEL PSICOANÁLISIS LO TENEMOS QUE HACER ENTRE TODOS



Santiago de Chile, 9 de Noviembre de 2013.

ⁱ Castaño Catalá, R. (2014). Entrevista con Alejandro Ávila Espada. *Clínica e Investigación Relacional*, 8 (1): 254-269. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de <http://www.ceir.org.es>]

ⁱⁱ Incluido en este mismo número de CeIR.

ⁱⁱⁱ XI Conferencia Internacional de IARPP, Santiago de Chile, 7 a 10 Noviembre 2013; el marco en el que se realiza esta entrevista.